

JOHN le CARRÉ

Un espía perfecto



BESTSELLER

booket

John le Carré

Un espía perfecto

Traducción de Jaime Zulaika

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Perfect Spy*

© 1986 by David Cornwell

Traducción de Jaime Zulaika Goicoechea, cedida por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Tim Robinson / Arcangel

Fotografía del autor: © White Hare Productions Ltd

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2016

Depósito legal: B. 12.845-2016

ISBN: 978-84-08-16019-9

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

1

A primeras horas de una mañana tormentosa de octubre, en una ciudad costera del sur de Devon que parecía haber sido abandonada por sus habitantes, Magnus Pym se apeó de un viejo taxi rural y, tras haber pagado al taxista y aguardado hasta que se fue, comenzó a atravesar la plaza de la iglesia. Su destino era una hilera de pensiones victorianas mal iluminadas y con nombres como Bel-a-Vista, The Commodore y Eureka. Era un hombre de constitución robusta pero majestuosa, la personificación de algo. Su zancada era ágil, y su cuerpo inclinado hacia delante encarnaba la mejor tradición de la clase administrativa anglosajona. Con el mismo porte, ya fuese estático o en movimiento, los ingleses habían izado banderas en colonias lejanas, descubierto el nacimiento de grandes ríos, permanecido en la cubierta de barcos que se hundían. Hacía dieciséis horas que viajaba en uno u otro medio de transporte, pero no llevaba abrigo ni sombrero. Transportaba en una mano una gruesa cartera negra de estilo oficial y en la otra una bolsa verde de Harrods. Un fuerte viento marino azotaba su traje de ciudad, una lluvia salada le irritaba los ojos, bolas de espuma cabrilleaban a su paso. Pym no les prestó atención. Al llegar al pórtico de una casa con el letrero

«Completo», apretó el timbre y esperó, primero a que se encendiera la luz de fuera, y luego a que desatasen las cadenas de dentro. Mientras esperaba, el reloj de una iglesia empezó a dar las cinco. Como en respuesta a sus campanadas, Pym giró sobre sus talones y contempló la plaza. La aguja sin gracia de la iglesia baptista alardeando contra las nubes presurosas. Las retorcidas araucarias, orgullo de los jardines ornamentales. El quiosco de música vacío. La marquesina del autobús. Las manchas oscuras de las calles laterales. Las puertas de las casas, una por una.

—Vaya, señor Canterbury, es usted —objetó la voz aguda de una anciana cuando la puerta se abrió a la espalda de Pym—. Malvado. Ha cogido otra vez el tren nocturno, ya veo. ¿Por qué no telefonea nunca?

—Hola, señorita Dubber —dijo Pym—. ¿Cómo está?

—No importa cómo estoy, señor Canterbury. Entre, deprisa. Va a atrapar un resfriado.

Pero la fea plaza barrida por el viento parecía haber cautivado a Pym como un sortilegio.

—Creía que Sea View estaba en venta, señorita D —comentó mientras ella trataba de introducirle en la casa—. Usted me dijo que el señor Cook se mudó cuando murió su mujer. Que no quería poner el pie en esa casa, dijo.

—Pues claro que no. Tenía alergia. Entre ahora mismo, señor Canterbury, y séquese los pies antes de que le prepare el té.

—Entonces, ¿qué hace esa luz encendida en la ventana del dormitorio de arriba? —preguntó Pym mientras se dejaba remolcar por la escalera.

Como muchos tiranos, la señorita Dubber era de baja estatura. Era asimismo vieja, quebradiza y torcida, con una espalda encorvada que le arrugaba la bata y hacía que todo a su alrededor pareciese igualmente ladeado.

—El señor Cook ha alquilado el piso de arriba. Celia Venn lo ha cogido para pintar ahí. Cien por cien propio

de usted. —Pasó un cerrojo—. Desaparece tres meses, vuelve en mitad de la noche y se preocupa por la luz de una ventana. —Corrió otro—. No cambiará nunca, señor Canterbury. No sé por qué me inquieto.

—¿Quién es esa Celia Venn?

—La hija del doctor Venn, tonto. Quiere ver el mar y pintarlo. —Su voz cambió bruscamente—. Pero ¿cómo se atreve, señor Canterbury? Quítese eso inmediatamente.

Pasado el último cerrojo, la señorita Dubber se había enderezado lo mejor que podía y se estaba preparando para un desganado abrazo. Pero en vez de su ceño acostumbrado, en el que nadie creía ni por un momento, su carita minúscula había contraído una mueca de espanto.

—Su horrible corbata negra, señor Canterbury. No permitiré la muerte en mi casa, no permitiré que lleve eso. ¿Por quién la lleva?

Pym era un hombre guapo, juvenil pero distinguido. Recién rebasada la cincuentena, estaba en la flor de la edad, lleno de brío y urgencia en un lugar donde no existían. Pero, a juicio de la señorita Dubber, lo mejor de él era su sonrisa encantadora, que expresaba un gran calor y verdad y que a ella le infundía bienestar.

—Por un antiguo colega de Whitehall, señorita Dubber. Nadie a quien llorar. Nadie próximo.

—A mi edad todo el mundo es próximo, señor Canterbury. ¿Cómo se llamaba?

—Apenas le conocía —respondió Pym enfáticamente, quitándose la corbata y guardándola en el bolsillo—. Y evidentemente no voy a decirle su nombre para que usted empiece a rebuscar en esas esquelas.

Al decir esto dirigió la mirada al registro de huéspedes, que estaba abierto sobre la mesa del recibidor, debajo de la lamparilla anaranjada que él le había instalado en el techo durante su última visita.

—¿Ningún huésped de paso señorita D? —preguntó

al propio tiempo que examinaba la lista—. ¿Parejas fugitivas, princesas misteriosas? ¿Qué pasó con los dos tortolitos que vinieron en Pascua?

—Aquellos dos muchachos no eran tortolitos —le corrigió la señorita Dubber mientras cojeaba hacia la cocina—. Cogieron habitaciones individuales y por las noches veían el fútbol en la televisión. ¿Qué ha dicho usted, señor Canterbury?

Pero Pym no había hablado. A veces sus ráfagas de comunicación eran como llamadas telefónicas cortadas por una censura interna antes de completarse. Pasó una página y después otra.

—Creo que ya no voy a admitir a más huéspedes de paso —dijo la señorita Dubber a través de la puerta abierta de la cocina, mientras encendía el gas—. Hay veces en que suena el timbre y yo estoy sentada aquí con *Toby* y digo: «Contesta tú, *Toby*». No lo hace, claro. Un gato de color carey no puede contestar a una llamada. Así que seguimos sentados aquí. Esperamos y oímos los pasos que se van. —Le lanzó una mirada astuta—. Tú no crees que nuestro señor Canterbury esté enamoriscado, ¿verdad que no, *Toby*? —preguntó maliciosamente al gato—. Somos muy *listos* esta mañana. Muy *brillantes*. El señor Canterbury está diez años más joven. —Al no recibir tampoco respuesta de él, se dirigió al canario—. Aunque nunca nos lo diría a nosotros, ¿eh, *Dickie*? Seríamos los últimos en enterarnos. ¿Chic-chuc? ¿Chic-chuc?

—John y Sylvia ilegibles, de Wimbledon —dijo Pym, consultando todavía el registro.

—John hace computadoras, Sylvia las programa, y se van mañana —le dijo ella, malhumorada. Porque la señorita Dubber tenía que reconocer que en su mundo no había nadie más que su querido Canterbury—. ¿Y ahora qué ha hecho? —exclamó enfadada—. No lo aceptaré. Devuélvalo.

Pero no estaba enfadada, lo aceptaría y Pym no iba a devolverlo: un chal de Cachemira de punto grueso y color blanco y oro, todavía en su caja de Harrods y envuelto en su papel de seda original, que pareció que ella valoraba más que el contenido. En efecto, tras haber desenvuelto el chal, primero alisó el papel y lo dobló por sus pliegues antes de reponerlo en la caja, que luego puso en el estante del armario donde guardaba sus mayores tesoros. Sólo entonces consintió que Pym le envolviera los hombros en el chal y la abrazara mientras ella le recriminaba el despilfarro.

Pym tomó té con la señorita Dubber, Pym la apaciguó, Pym comió un pedazo de su mantecada y la puso por las nubes a pesar de que ella le dijo que estaba quemada. Pym le prometió arreglar el tapón del fregadero y desatascar el tubo del desagüe y echar una ojeada a la cisterna durante su estancia. Pym era rápido y sumamente atento, y la inteligencia que ella había comentado sagazmente no le abandonaba. Levantó a *Toby* hasta sus rodillas y le acarició, cosa que nunca había hecho antes, y que no proporcionó al gato un placer visible. Escuchó las últimas noticias de la anciana Al, la tía de la señorita Dubber, pese a que normalmente la sola mención de la tía Al bastaba para que él se fuera precipitadamente a la cama. Pym la interrogó, como siempre hacía, sobre los tejemanejes locales desde su última visita, y escuchó con aprobación el catálogo de quejas de la señorita Dubber. Y bastantes veces, mientras asentía al oír sus respuestas, o bien se sonreía sin motivo claro o bien mostraba somnolencia y bostezaba por detrás de la mano. Hasta que de pronto posó su taza de té y se levantó como si tuviera que coger otro tren.

—Voy a quedarme una temporada, si a usted le parece bien, señorita D. Tengo que escribir un buen montón de cuartillas.

—Eso es lo que dice siempre. La última vez iba a que-
darse aquí para siempre. Luego surge cualquier cosa y
otra vez a Whitehall sin haber puesto el huevo.

—Quizá unas dos semanas. Me han dado un permiso
para que pueda trabajar en paz.

La señorita Dubber fingió horrorizarse.

—Pero ¿qué será del país? ¿Cómo estaremos a salvo
Toby y yo sin el señor Canterbury al timón para guiarnos?

—Entonces, ¿qué planes tiene la señorita D? —pre-
guntó él, seductoramente, extendiendo la mano hacia su
cartera, que por el esfuerzo que le costó levantarla parecía
tan pesada como un lingote de plomo.

—¿Planes? —repitió la señorita Dubber, con una son-
risa embellecida por su perplejidad—. A mi edad no hago
planes, señor Canterbury. Dejo que los haga Dios. Los
hace mejor que yo, ¿verdad, *Toby*? Es más de fiar.

—¿Y el crucero del que siempre estaba hablando? Ya
es hora de que se decida.

—No sea tonto. Eso fue hace años. Ya no tengo ganas.

—Todavía se lo pago.

—Ya sé que lo haría, bendito mío.

—Yo telefono, si usted quiere. Iremos juntos a la
agencia de viajes. En realidad ya le he buscado uno. El
Orient Explorer zarpa de Southampton dentro de una se-
mana. Un pasajero ha cancelado su billete. He pregun-
tado.

—¿Está tratando de librarse de mí, señor Canterbury?
Pym hizo una pausa para reírse.

—Ni Dios ni yo juntos no podríamos echarla, señori-
ta D —dijo.

Desde el recibidor, la señorita Dubber le observó subir
la escalera estrecha, admirando la elasticidad juvenil de
sus andares a pesar de la abultada cartera. Va a una confe-
rencia de alto nivel. E importante también. Le oyó reco-
rrer a paso ligero el pasillo hasta la habitación 8, que daba

a la plaza y que era el cuarto que ella había alquilado durante más largo tiempo en su larga vida. Esa muerte no le ha afectado, pensó con alivio, mientras le oía abrir con llave la puerta y cerrarla sin ruido tras él. Sólo un antiguo colega del ministerio, nadie próximo. No quería que nada le afligiera. Tenía que seguir siendo el mismo caballero impecable que había aparecido en el umbral de su casa doce años antes, buscando lo que había llamado un santuario sin teléfono. Y desde entonces le había pagado seis meses por adelantado, a tocateja, sin recibos. Y había construido para ella la pequeña tapia de piedra junto al camino del jardín, en una sola tarde, para darle una sorpresa, azuzando al albañil y al peón. Y había remplazado las pizarras del tejado con su propia mano, después de la tormenta de marzo. Y le había enviado flores, fruta, chocolates y *souvenirs* desde sitios increíbles del extranjero sin explicarle debidamente lo que hacía en ellos. Y la había ayudado con los desayunos cuando ella tenía demasiados huéspedes, y la había escuchado hablar de su sobrino, que tenía todo género de proyectos para ganar dinero que nunca cristalizaban, y el último consistía en abrir un bingó en Exeter, pero antes necesitaba el capital para su saldo deudor en el banco. Y no recibía correo ni visitas y no tocaba ningún instrumento, menos la radio en idioma extranjero, y nunca usaba el teléfono, salvo para llamar a los comerciantes de la localidad. Y nunca le decía nada sobre él mismo, excepto que vivía en Londres y trabajaba en Whitehall pero viajaba mucho, y que se apellidaba Canterbury, como la ciudad. Hijos, mujeres, padres, novias: nunca había reconocido como suya a una sola persona en el mundo, excepto a su señorita D.

—Que nosotros sepamos, podría tener ya el título de sir —le dijo a *Toby* en voz alta mientras se acercaba el chal a la nariz y aspiraba su olor a lana—. Podría ser primer ministro y sólo lo sabríamos por la televisión.

La señorita Dubber oyó, muy tenue, por encima del silbido del viento, el sonido de una canción. Era una voz de hombre, discordante pero agradable. Primero pensó que era *Mangasverdes* desde el jardín, y luego pensó que era *Jerusalén* desde la plaza, y se encaminaba ya hacia la ventana para dar un grito. Sólo entonces comprendió que era el señor Canterbury arriba, y le asombró tanto que cuando abrió la puerta para regañarle, en vez de eso se detuvo a escucharle. La canción cesó por sí sola. La señorita Dubber sonrió. Ahora *él* me está escuchando a *mí*, pensó. Es el señor Canterbury cien por cien.

En Viena, tres horas antes, Mary Pym, esposa de Magnus, de pie ante la ventana de su dormitorio, contemplaba el mundo que se extendía ante ella y que, a diferencia del que había elegido su marido, era un prodigio de serenidad. No había corrido las cortinas ni encendido la luz. Estaba vestida para «recibir», como su madre habría dicho, y llevaba una hora apostada en la ventana con su conjunto azul, esperando el coche, esperando el timbre y el giro silencioso de la llave de su marido en el pestillo. Y ahora en su mente acontecía una carrera desigual entre Magnus y Jack Brotherhood para ver a cuál de los dos recibiría primero. Nieve temprana cubría la cumbre de la colina, la luna llena desfilaba por encima y llenaba la habitación de barras blancas y negras. En las mansiones elegantes a ambos lados de la avenida, los últimos fuegos de campamento de la diversión diplomática se estaban apagando uno tras otro. La ministra Frau Meierhof había organizado un baile por la conferencia de reducción de fuerzas con una orquesta de cuatro músicos. Mary debería haber asistido. Los Van Leyman habían dado una cena fría para veteranos de Praga, sin exclusión de sexos y sin *colocación*. Ella debería haber ido, los dos deberían

haberlo hecho, y haber recogido a los rezagados para un *scotch* con soda posterior. Y haber puesto el gramófono y bailado hasta ahora o más tarde —los Pym, diplomáticos de vida alegre, tan populares—, del mismo modo que habían sido anfitriones fabulosos en Washington, cuando Magnus era subdirector del puesto y todo marchaba a las mil maravillas. Y Mary hubiera hecho beicon y huevos mientras Magnus bromeaba, sonsacaba a la gente y se granjeaba nuevos amigos, para lo que era incansablemente diestro. Porque en Viena era la temporada alta, cuando todos los que habían callado como muertos durante todo el año hablaban excitadamente de las Navidades y de la ópera, y arrojaban indiscreciones como trapos viejos.

Pero todo aquello era hace mil años. Había durado hasta el miércoles pasado. La única cosa que importaba ahora era que Magnus recorriese la avenida en el automóvil Metro que había dejado en el aeropuerto y que llegase antes que Jack Brotherhood a la puerta de la calle.

El teléfono estaba sonando. Junto a la cama. En el lado de Magnus. No corras, idiota, te vas a caer. No demasiado despacio, porque él colgará. Magnus, cariño, oh Dios mío, que seas tú, tuviste un extravío pero estás mejor, nunca te preguntaré siquiera lo que ocurrió, nunca volveré a dudar de ti. Levantó el auricular y, por alguna razón que no pudo averiguar, se sentó en un promontorio del colchón de plumas, plaf, y agarró el bloc y el lápiz con la mano libre por si tenía que apuntar números de teléfono, direcciones, horas, instrucciones. Se abstuvo de decir «¿Magnus?» porque hubiera revelado que estaba preocupada por él. No dijo «Hola» porque no podía estar segura de que su voz no sonase excitada. Dijo su número completo en alemán para que Magnus supiese que era ella, notara que estaba normal y bien y que no estaba enfadada con él, y que la situación era propicia para volver a empe-

zar. Sin líos, sin problemas, estoy aquí y esperándote, como siempre.

—Soy yo —dijo una voz de hombre.

Pero no era yo. Era Jack Brotherhood.

—No hay noticia de ese paquete, ¿verdad? —preguntó Brotherhood con el inglés sonoro y confiado de los militares.

—No hay noticia de nadie. ¿Dónde estás?

—Estaré ahí dentro de una media hora, menos si puedo. Espérame, ¿quieres?

El fuego, pensó ella de pronto. Dios mío, el fuego. Bajó corriendo la escalera, incapaz ya de distinguir entre desastres grandes y pequeños. Había dado la noche libre a la sirvienta y olvidado avivar el fuego del salón. Sin duda estaría apagado. Pero no lo estaba. Ardía alegremente y sólo necesitaba otro leño para que la madrugada fuese menos fúnebre. Colocó el leño y luego flotó por la habitación ordenando cosas —las flores, los ceniceros, la bandeja de whisky de Jack—, creando en el exterior un orden perfecto porque en su interior no lo había en absoluto. Encendió un cigarrillo y exhaló con furiosos besos el humo sin tragar. Después se sirvió un whisky muy cargado, que era el motivo principal por el que había bajado. Al fin y al cabo, si todavía estuviéramos bailando habría tomado varios.

La procedencia inglesa de Mary, como la de Pym, era inconfundible. Era rubia y franca, y tenía mandíbula fuerte. Su única afectación, heredada de su madre, era la inclinación de hombros ligeramente cómica con que se dirigía al mundo y a los extranjeros en particular. La vida de Mary era un historial de hermosas muertes. Su abuelo había muerto en Paschendel; su único hermano, Sam, en Belfast, más recientemente, y durante un mes o más Mary había tenido la impresión de que la bomba que había volado en pedazos el jeep de Sam había matado también su

propia alma, pero fue su padre, no Mary, quien había muerto de un ataque al corazón. Todos los hombres de su familia habían sido soldados. Entre ellos le habían dejado una herencia decente, un espíritu ardientemente patriótico y una pequeña casa solariega en Dorset. Mary era ambiciosa y asimismo inteligente, y sabía soñar y desear y codiciar. Pero las pautas de su vida le habían sido dictadas de antemano, y cada muerte las había afianzado: en la familia de Mary los hombres guerreaban mientras las mujeres prestaban socorro, lloraban las muertes y seguían adelante. Su adoración, sus cenas, su vida con Pym, se habían regido por este principio firme.

Hasta el pasado julio. Hasta nuestras vacaciones en Lesbos. Magnus, vuelve a casa. Lamento el escándalo que armé en el aeropuerto cuando no apareciste. Lamento haber vociferado al empleado de la British Airways con esa voz mía que tú llamas de trueno y haber agitado mi pase diplomático. Y lamento —lamento profundamente— haber telefoneado a Jack para preguntarle dónde demonios está mi marido. Así que, por favor, vuelve y dime qué debo hacer. Nada importa. Simplemente ven aquí. Ahora.

Al encontrarse delante de las jambas dobles de acceso al comedor, las abrió, encendió las arañas y, con el whisky en la mano, contempló la larga mesa vacía, reluciente como un lago. Caoba. Una reproducción del siglo XVIII. Propia de consejero de embajada, no le gustaba a nadie. Con capacidad para catorce comensales cómodamente sentados, dieciséis si se desplegaban los extremos curvos. Lo he intentado todo con esa maldita marca de quemadura. Recuerda, se dijo. Haz memoria. Acláralo todo en tu cabecita estúpida antes de que Jack Brotherhood llame a ese timbre. Sal fuera de ti misma y mira. Ahora. Es una noche como aquella, animada y emocionante. Es miércoles, nuestra noche de recibir invitados. Y la luna es igual hoy salvo por un cacho. En el dormitorio, aquella Mary

Pym idiota que se agenció el bachillerato superior pero no fue a la universidad está con los pies completamente separados, poniéndose sus alhajas de familia mientras el brillante Magnus, su marido, con una licenciatura en Oxford y ya con el esmoquin puesto, le besa la nuca y representa su número de gigoló balcánico para tratar de insuflarle un humor de fiesta. Magnus, por supuesto, tiene el humor que sea preciso en toda ocasión.

—Por el amor de Dios —le espeta Mary, más brutalmente de lo que era su intención—. Deja de hacer el payaso y arréglame este puñetero cierre.

A veces mi familia militar se apodera de mi lenguaje.

Y Magnus la complace. Magnus siempre es complaciente. Magnus repara, arregla y se comporta mejor que un mayordomo. Y cuando ha obedecido coloca sus manos en mis pechos y exhala su aliento caliente sobre mi cuello desnudo.

—Por favor, mi tontita, ¿no tenemos tiempo para el más divino momento perfecto? ¿No? ¿Sí?

Pero Mary, por lo general, está demasiado nerviosa incluso para sonreír, y le ordena que baje a asegurarse de que Herr Wenzel ha traído el hielo de la pescadería de Weber. Y Magnus va. Magnus siempre va. Incluso cuando lo más juicioso sería una bofetada en los morros de Mary.

Haciendo una pausa, Mary levantó la cabeza y escuchó. El motor de un coche. En esta nieve surgen como malos recuerdos. Pero a diferencia de un mal recuerdo, aquel coche pasó.

Es la cena, es la feliz hora diplomática, es tan bueno como Georgetown en los tiempos en que Magnus era todavía un subdirector con posibilidades de ascenso y con el puesto de jefe de servicio al alcance de la mano, y todo

está solucionado entre Magnus y Mary, menos una nube negra que se cierne día y noche sobre el corazón de Mary incluso cuando no está pensando en ello, y esa nube se llama Lesbos, una isla griega del Egeo totalmente rodeada de recuerdos monstruosos. Mary Pym, esposa de Magnus, consejero de «ciertas materias no mencionables» en la embajada inglesa de Viena y en realidad el director de plaza aquí, como todo «inmencionable» sabe, está orgullosamente enfrente de su marido, al otro lado de los candelabros de plata, mientras los criados sirven el venado de Mary, estofado según la receta de su madre, a doce miembros «inmencionablemente» distinguidos de la comunidad local de espionaje.

—Usted también tiene una hija —recuerda firmemente Mary a un Oberregierungsrat Dinkel del Ministerio de Defensa austríaco, en su alemán bien aprendido—. Se llama Ursula, ¿cierto? Lo último que he sabido es que estudiaba piano en el conservatorio. Hábleme de ella. —Y dice a la sirvienta, en voz baja, cuando pasa—. Frau Wenzel. El señor Lederer, dos asientos más allá, no tiene salsa roja. Sírvale.

Era una noche bonita, había decidido Mary mientras escuchaba una enumeración de los infortunios familiares del Oberregierungsrat. Era la clase de noche por la que ella trabajaba y había trabajado durante toda su vida de casada, en Praga y en Washington, mientras medraban, y ahora aquí, donde estaban cumpliendo tiempo. Era feliz, echaba las campanas al vuelo, la nube negra de Lesbos prácticamente se había disipado. Tom progresaba en el internado y pronto volvería a casa para las vacaciones navideñas, Magnus había alquilado un chalet en Lech para esquiar, los Lederer habían dicho que se reunirían con ellos. Magnus tenía muchos recursos en esa época, y era muy atento con ella a pesar de la enfermedad de su padre. Y antes de Lech la llevaría a Salzburgo para ver *Parsifal* y,

si ella le apremiaba, al baile de la ópera, porque, como solían decir en la familia de Mary, una moza adora el bailongo. Y, con un poco de suerte, los Lederer podrían acompañarlos también —los niños podían pasar la noche juntos y compartir un canguro—, y en cierto modo con Magnus la compañía ajena era en esos tiempos un alivio. Entreviendo a Pym a la luz de la vela, le lanzó una sonrisa en el preciso momento en que él se escabullía para entablar una conversación sordomuda a su izquierda. Perdona por haber estado susceptible antes, estaba diciendo Mary. Olvidado, le estaba diciendo él. Y cuando se hayan ido haremos el amor, estaba diciendo ella, nos mantendremos sobrios y haremos el amor y todo irá como la seda.

Fue entonces cuando ella oyó el teléfono. Exactamente entonces. Cuando estaba transmitiendo a Magnus estos pensamientos amorosos y viviendo con ellos un instante desesperadamente feliz. Lo oyó sonar dos, tres veces, y empezaba a irritarse cuando, para su alivio, oyó que el criado, Herr Wenzel, contestaba. Herr Pym le llamará más tarde, a menos que sea urgente, ensayó mentalmente Mary. No se debía molestar a Herr Pym, a no ser por algo vital. Herr Pym está ocupadísimo contando una historia divertida en ese alemán perfecto que fastidia tanto en la embajada y sorprende a los austríacos. Si alguien se lo pide, Herr Pym puede imitar un acento austríaco o, todavía más divertido, uno suizo, de la época en que estudió allí. Herr Pym pone un conjunto de botellas en fila y sabe producir con un cuchillo un tintineo que suena como las campanas del antiguo ferrocarril suizo, mientras recita las estaciones entre Interlaken y el Jungfrauoch con el tono de un jefe de estación y su público prorrumpe en lágrimas de hilaridad nostálgica.

Mary alzó la mirada hacia el extremo más lejano de la mesa vacía. ¿Y Magnus cómo estaba en aquel momento, aparte de flirtear con Mary?

Realizando un gran avance, era la respuesta. A su derecha estaba sentada la temida Frau Oberregierungsrat Dinkel, una mujer tan fea y áspera, incluso conforme al modelo de las mujeres de funcionarios, que hasta había reducido a un silencio atónito a algunos de los más rudos soldados de la embajada. Magnus, sin embargo, la había atraído como el sol a una flor, y ella estaba embobada con él. A veces, al observarle cuando actuaba así, Mary experimentaba una piedad involuntaria por su dedicación incondicional. Deseaba que estuviese más tranquilo, aunque sólo fuera durante un momento. Quería que supiese que se había ganado la paz siempre que quisiera disfrutarla, en lugar de dar, dar continuamente. Si fuera diplomático de verdad le resultaría fácil llegar a embajador, pensó. En Washington, Grant Lederer le había asegurado confidencialmente que Magnus había ejercido más influencia que su jefe o que el perfectamente horrible embajador. Evidentemente, Viena —aunque, por supuesto, era enormemente respetado aquí, y asimismo enormemente influyente— representaba un declive, bueno, estaba previsto que lo fuera, pero cuando el polvo se asentara Magnus reemprendería la marcha, y entretanto había que ser paciente. Mary deseaba no ser tan joven para él. A veces intenta rebajarse a mi altura, pensó. A la izquierda de Magnus, parejamente hipnotizada, se sentaba Frau Oberst Mohr, cuyo marido alemán estaba destinado en la Oficina de Señales de Wiener Neustadt. Pero la verdadera conquista de Magnus, como siempre, era Grant Lederer III, «el de la barbita negra y los ojillos negros y las pequeñas ideas negras», como le describía Magnus, que seis meses antes había tomado el mando del departamento jurídico de la embajada americana, lo que naturalmente significaba lo contrario, pues Grant era el hombre nuevo de la Agencia, aunque también un viejo amigo de Washington.

—Grant es gilipollas —se quejaba Magnus de él, como

se quejaba de todos sus amigos—. Nos tiene a todos alrededor de una mesa grande una vez a la semana inventando palabras para cosas que hemos estado haciendo perfectamente sin ellas durante veinte años.

—Pero es divertido, cariño —le recordaba Mary—. Y Bee es *tremendamente* guapa.

—Grant es un alpinista —dijo Magnus otra vez—. Nos está poniendo a todos uno encima de otro para poder trepar sobre nuestra espalda. Espera y verás.

—Pero al menos es listo, cariño. Al menos puede mantenerse a tu altura, ¿no?

Porque lo cierto era, desde luego, que, dadas las limitaciones de toda amistad diplomática, los Pym y los Lederer formaban uno de los grandes cuartetos, y tratar a las personas a patadas, ponerlas verdes y jurar que nunca volvería a dirigirles la palabra era sólo el modo perverso que tenía Magnus de apreciarlas. Becky, la hija de los Lederer, era de la misma edad que Tom y prácticamente ya eran amantes; Bee y Mary eran uña y carne. En cuanto a Bee y Magnus..., bueno, francamente Mary se preguntaba a veces si no eran una pizca *demasiado* amigos. Pero por otra parte había observado que en los cuartetos siempre había una fuerte relación diagonal, aun cuando nunca llegara a nada. Y si alguna vez *llegaba* a haber algo entre ellos dos, bueno, para ser absoluta y *totalmente* sincera, Mary no tendría inconveniente en tomarse el desquite con Grant, cuya intensidad acechante le parecía cada vez más erótica.

—Mary, salud, ¿vale? Una gran fiesta. Nos está encantando.

Era Bee, sempiternamente brindando por todo el mundo. Lucía unos pendientes de azabache y un escote que Mary había estado mirando toda la noche. Tres niños y unos pechos así: era una maldita injusticia. Mary alzó su copa en respuesta. Advirtió que Bee tenía dedos de mecánografa, con la punta curvada.

—Vamos, Grant, chico, vamos —estaba diciendo Magnus, con su guasa un tanto seria—. Danos un respiro, sé justo. Si es verdad todo lo que tu valeroso presidente nos dice sobre los países comunistas, ¿cómo diablos podemos hacer un trato con alguno de ellos?

Con el rabillo del ojo Mary vio la sonrisa divertida de Grant estirarse hasta que pareció romperse de envidiosa admiración por el ingenio de Pym.

—Magnus, si por mí fuera, te meteríamos en una gran alfombra de embajada con una coctelera llena de Martini seco y un pasaporte americano y te mandaríamos por arte de magia a Washington para que te nominaran candidato demócrata. Nunca he oído una causa sediciosa tan bien expuesta.

—¿Presentar a Magnus para presidente? —ronroneó Bee,¹ sentándose muy erguida y catapultando los pechos como si alguien le hubiera ofrecido un chocolate—. Qué bien.

En ese momento apareció Herr Wenzel, el sirviente contratado, e, inclinándose sobre Magnus, le murmuró al oído izquierdo que le llamaban urgentemente por teléfono —«disculpe, Excelencia»— desde Londres: «Excuse, Herr Consejero».

Magnus le excusó. Magnus excusa a todo el mundo. Magnus se abrió camino delicadamente entre obstáculos imaginarios hasta la puerta, sonriendo, simpatizando y excusando, mientras Mary charlaba tanto más animadamente para proporcionarle fuego de protección. Pero cuando la puerta se cerró tras él aconteció algo imprevisto. Grant Lederer lanzó una mirada a Bee y Bee Lederer respondió con otra a Grant. Y a Mary, que sorprendió ambas miradas, se le heló la sangre.

¿Por qué? ¿Qué se habían transmitido con aquella mi-

1. *Bee* significa «abeja»; el efecto estilístico de atribuir a una abeja un ronroneo es deliberado en el original. (*N. del t.*)

rada desprevenida? ¿Magnus se acostaba realmente con Bee... y Bee se lo había *dicho* a Grant? ¿Compartían momentáneamente una admiración perpleja por el anfitrión que acababa de ausentarse? En todo el trastorno ulterior, la respuesta de Mary a estas preguntas no había variado un ápice. No era sexo, no era amor, no era envidia y no era amistad. Era conspiración. Mary no era fantasiosa. Pero Mary había visto y sabía. Eran un par de asesinos diciéndose uno a otro «pronto», y ese «pronto» se refería a Magnus. Pronto le tendremos. Pronto será castigada su arrogancia, y nuestro honor, rehabilitado. Vi que le odiaban, pensó Mary. Lo había pensado entonces y lo pensaba ahora.

—Grant es un Casio a la busca de un César —había dicho Magnus—. Si no encuentra pronto una espalda que apuñalar, la Agencia le dará su daga a otro.

Pero en la diplomacia nada dura, nada es absoluto, una conspiración para asesinar no es motivo para poner en peligro el curso de la conversación. Charlando afanosamente, hablando de niños y de compras —buscando frenéticamente una explicación de la mirada mala de los Lederer— y esperando, ante todo, el regreso de Magnus a la fiesta para seguir cautivando a sus vecinos de mesa en dos idiomas a la vez, Mary encontró tiempo todavía para preguntarse si la urgente llamada telefónica de Londres sería la que su marido había estado esperando durante todas aquellas semanas. Desde hacía algún tiempo sabía que él tenía entre manos algo grande, y anhelaba que fuese la reincorporación prometida.

Y fue entonces, como Mary recordaba mientras seguía charlando y ansiando que cambiara la suerte de su marido, cuando sintió la punta de sus dedos brincar familiarmente sobre sus hombros desnudos en cuanto Magnus volvió a su sitio en la cabecera de la mesa. Ella ni siquiera había oído la puerta, a pesar de que había estado escuchando para oírla.

—¿Todo va bien, querido? —le llamó por encima de los candelabros, diciéndolo abiertamente porque los Pym eran un matrimonio felicísimo.

—¿Está Su Majestad en buena forma, Magnus? —Mary oyó inquirir a Grant en su voz insinuante y lenta—. ¿No tiene raquitismo? ¿Crup?

La sonrisa de Pym fue radiante y relajada, pero no siempre significaba demasiado, como Mary sabía.

—No es más que una de esas rabietas de Whitehall, Grant —contestó Magnus, con magnífico desenfado—. Creo que deben de tener aquí un espía que les dice cuándo organizo una cena. Querida, ¿se ha terminado el clarete? Las raciones son de lo más tacañas, digo yo.

Oh, Magnus, había pensado ella, agitadamente: tientas a la suerte.

Era hora de llevar a las mujeres arriba para un pis antes del café. La Frau Oberregierungsrat, que se preciaba de moderna, mostró cierta resistencia. Una expresión ceñuda de su marido la hizo salir. Pero Bee Lederer, que a aquellas alturas de la velada estaba dispuesta a erigirse en la gran feminista americana, salió como un cordero, perentoriamente expulsada por su maridito sexi.

—Ahora viene el ponche —dice Jack Brotherhood, alegremente, en la imaginación de Mary.

—No hay ponche.

—¿Entonces por qué tiemblos, querida? —dice Brotherhood.

—No estoy temblando. Simplemente me estoy preparando una copita mientras espero a que llegues. Tú sabes que siempre tiemblo.

—Tomaré el mío seco, por favor, como tú. Cuéntamelo tal como ha ocurrido. Sin hielo, sin burbujeo, sin chorradas.